

**LA REINA DE LA HISPANIDAD:
FASCISMO Y NACIONALCATOLICISMO EN ZARAGOZA.
1939-1945***

POR
ÁNGELA CENARRO

La devoción a la Virgen del Pilar, que ha estado desde siempre profundamente enraizada en la población aragonesa, es un caso más de una serie de prácticas que han de ser tenidas muy en cuenta para comprender el fenómeno del catolicismo español. Según Frances Lannon, aunque en teoría las distintas formas de devoción popular (procesiones, cultos vinculados a imágenes y santuarios) estaban subordinadas a la ortodoxia religiosa centrada en la eucaristía, en la práctica el orden de prioridades no estaba tan claro: como sucede en el caso que nos ocupa, los fieles que visitaban a la Virgen del Pilar no lo hacían con la intención de asistir a misa, sino que buscaban ante todo la concesión de un favor o agradecerle los ya recibidos. Esta dimensión popular de la veneración a la Virgen frente a la religiosidad oficial podría explicar en parte que la Basílica de Nuestra Señora del Pilar quedase a salvo de la oleada anticlerical que siguió a la proclamación de la II República en abril de 1931, que se saldó con la agresión a varias iglesias en Aragón¹.

Igualmente, los que pasaron a engrosar el bando leal al gobierno tras el Alzamiento de julio de 1936 nunca dejaron de confiar en el apoyo de la «Pilarica». El hecho de que la Virgen simbolizase la resistencia y el heroísmo de los aragoneses frente al asedio francés durante la guerra de la Independencia,

* Este artículo es el texto de la comunicación que fue presentada al I Encuentro de Investigadores del Franquismo, celebrado en Barcelona, en noviembre de 1992, organizado por la Universidad Autónoma de Barcelona y el Archivo Histórico CONC.

¹ Como ha argumentado Frances Lannon «(...) por una parte, los católicos practicantes asistían a misa y recibían los demás sacramentos, al tiempo que mostraban una gran devoción a los santos patrones; por otra, los oponentes convencidos odiaban la religiosidad oficial y popular por igual; entre unos y otros se situaban un amplio número de españoles que eran indiferentes o anticlericales, pero, paralelamente, muy leales a los patrones de sus pueblos o ciudades y a los actos asociados a los mismos.» (*Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España, 1875-1975*. Alianza, Madrid, 1990, p. 43).

servía de referencia clara a los que perseguían la emancipación del pueblo de la opresión del clero y los caciques².

Sin embargo, la autenticidad de esta devoción no era incompatible con el hecho de que la Virgen del Pilar quedase perfectamente integrada en los esquemas del nacionalcatolicismo, fenómeno que comenzó a configurarse en los primeros meses del conflicto bélico. La Iglesia se ofreció en bandeja a los llamados «nacionales» con su *Carta colectiva del episcopado* en julio de 1937, aunque la alineación de la mayor parte del clero con los que tenían el poder político y económico de cada localidad desde el momento de la sublevación era un dato que hablaba por sí solo. Así, lo que en un principio fue un levantamiento encabezado por militares se convirtió en una «cruzada», gracias a que el ofrecimiento de la Iglesia fue utilizado por las nuevas autoridades, que vieron en ella la cobertura ideológica y la justificación moral que necesitaban: es impensable que un movimiento con una enorme fuerza represiva como el que acaudilló Franco tuviese una amplia respuesta popular sin el respaldo eclesiástico. Además, el papel del catolicismo fue clave porque la defensa de la Iglesia era aquello que compartían las distintas ideologías conservadoras que fueron amalgamadas en virtud del Decreto de Unificación en febrero de 1937.

El nacionalcatolicismo tenía poco de innovador. En realidad no era más que la recuperación del tradicionalismo católico, ideología cuyos orígenes estaban en Menéndez Pelayo y Donoso Cortés, y que había sido reelaborada por los ideólogos del grupo «Acción Española» durante los años treinta. Aparte de revivir la identificación entre identidad nacional española y fe católica, propició un peligroso acercamiento al fascismo a través de un proceso por el cual, por una parte, llegó a definir un fascismo típicamente español que tendría como peculiaridad el catolicismo, y, por otra, eliminó o, mejor dicho, ocultó, las contradicciones que ofrecían ideologías tan antagónicas como el fascismo y el catolicismo, bien buscando puntos de conciliación (la Monarquía en el fascismo italiano o la denominación del nazismo como «el propio cristianismo positivo»), bien evitando la confrontación directa en aquellos aspectos en los que la disparidad era total (por ejemplo, el carácter ateo y antisemita del nazismo)³.

² Lo ha expresado muy bien Giuliana Di Febo en *La Santa de la Raza. Teresa de Ávila: un culto barroco en la España franquista (1937-1962)*, Icaria, Barcelona, 1988, pp. 38 y 39.

³ Este acercamiento de los ideólogos del tradicionalismo católico al fascismo y al nazismo está demostrado por Raúl Morodo en *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Alianza, Madrid, 1985 (2ª edición) pp. 100-107 y 114-124.

El año 1939 fue especialmente intenso en manifestaciones de júbilo popular por la victoria del bando insurgente, que se concretaron en la proliferación de ritos y cultos a las vírgenes y santos locales. La Virgen del Pilar, como es lógico, se prestaba a ser objeto de una veneración especial ya que entre sus antecedentes estaba el privilegio de ser el símbolo de la Hispanidad (desde que en 1642 la ciudad de Zaragoza decidiera guardar fiesta en memoria de la «Venida de la Virgen» el día 12 de octubre, y en 1917 un Real Decreto proclamara esta fecha fiesta nacional), y ser el baluarte de la unidad católica e hispánica. Estos datos se reforzaban con la «protección» que la Virgen ejerció durante el sitio de Zaragoza por los franceses durante la guerra de la Independencia (1809). Entre otros méritos que se le atribuían también estaba el haber evitado que estallaran las bombas que la aviación republicana dejó caer sobre la Plaza del Pilar el 3 de agosto de 1936. Así pues, si a las vírgenes y santos locales se les confió la función de ser mediadores de la victoria, la Virgen del Pilar se convirtió desde ese momento en la mejor protectora del ejército de Franco y del pueblo aragonés contra la «barbarie roja».

Una vez acabada la guerra, la Virgen del Pilar fue el punto de confluencia de peregrinaciones y romerías en acción de gracias desde numerosos pueblos aragoneses y ciudades españolas. La primera actuación significativa en, este contexto de exaltación católica, fue la propuesta de celebración del XIX Centenario de la Venida de la Virgen del Pilar a Zaragoza, cuya inauguración tuvo lugar el 2 de enero de 1940. En 1938 había quedado constituida la Junta del Centenario, que tenía como Presidente de Honor a Francisco Franco. Si en un principio estuvo al frente de ella el Arzobispo de Zaragoza Rigoberto Doménech y Valls, entre enero y marzo de 1939 la presidencia recayó en el alcalde Juan José Rivas, aunque en abril volvió a ser ocupada por el prelado⁴. A la altura de marzo de 1939 existía ya una Comisión Ejecutiva del Centenario y en el Ayuntamiento de Zaragoza se propuso la creación de una segunda comisión que atendiese preferentemente a la obtención de recursos económicos, propaganda y festejos. En ésta se dio cabida a representaciones que no formaban parte de la ya constituida, es decir, de la Unión Diocesana de Acción Católica y de la Jefatura de FET-JONS⁵. La Comisión Ejecutiva del

⁴ *El Noticiero*, 6-1-39, 19-1-39, 25-3-39 y 23-4-39.

⁵ Esta iniciativa partió del concejal Casimiro Romero en una moción presentada en la sesión del 22-3-39 y que fue aprobada el 29-3-39 (Actas de la Comisión Permanente del Ayuntamiento de Zaragoza), y *Heraldo de Aragón* 7-5-39. Como representante de FET-JONS fue Jesús Muro Sevilla, el Jefe Provincial.

XIX Centenario estaba presidida por el Arzobispo y era Presidente 2º el alcalde de Zaragoza, Juan José Rivas. Los tres Vicepresidentes eran el Dean del Cabildo Metropolitano, José Pellicer, el Presidente de la Diputación Provincial, Miguel Allué Salvador, y el Jefe de Prensa de Zaragoza, José M^a Sánchez Ventura. No obstante, el 10 de junio de 1939 fue nombrado Presidente 2º el Gobernador Civil, Antonio Iturmendi, situándose así por delante del alcalde en la toma de decisiones⁶.

La iniciativa de dar a la celebración del Centenario una magnitud especial partió del entonces ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Suñer. Éste, en uno de sus frecuentes viajes a Zaragoza

«expuso su opinión de que la conmemoración ha de revestir una solemnidad extraordinaria y necesariamente ha de salir del ámbito local, adquiriendo las dimensiones que le corresponden. Coincide el XIX Centenario con la terminación de una guerra que durante largos meses ha padecido nuestra Patria y coincidiendo las opiniones de todos los católicos españoles en lo que se refiere a la protección que la Virgen nos ha dispensado, justo es que todos contribuyan a dar esplendor a los actos que se proyectan.»⁷

La celebración del Centenario con una significación nueva estuvo antes en la mente de las nuevas autoridades nacionales y locales que en las de la jerarquía eclesiástica. El Papa Pío XII envió al Prelado de Zaragoza una carta a propósito del tema del Centenario, el 24 de mayo de 1939, un mes después de que Serrano Suñer hubiese llegado a algunos acuerdos con los poderes civiles zaragozanos⁸. Igualmente, el apoyo del resto del episcopado español vino después de que el «cuñadísimo» hubiera dado claras muestras de mecenazgo⁹. Ello puede ser una muestra de que aunque Iglesia y Estado estaban gozando de una luna de miel, la primera estaba más al servicio del segundo que al revés.

⁶ Otros miembros de la Comisión Ejecutiva eran: Manuel Gómez Arroyo, Tesorero; Vicente de la Fuente, Miguel Sancho Izquierdo, concejal, Manuel Ardíd y de Acha, diputado provincial, Eduardo Cativiela, presidente del Sindicato de Iniciativa, Francisco Biesa, presidente de la COCI, Rafael Jiménez, miembro de la Asociación de la Prensa y Jesús Muro Sevilla, Vocales; y Carmelo Zaldívar, Secretario. (*Heraldo de Aragón*, 27-5-39).

⁷ *Heraldo de Aragón*, 22-4-39.

⁸ Francisco Gutiérrez Lasanta, *La Virgen del Pilar y Patrona de la Hispanidad*, "El Noticiero", Zaragoza, 1943. pp. 333 y ss.

⁹ El origen de la cooperación de los demás obispos está en una carta que el arzobispo zaragozano les envió rogándoles que nombraran un delegado diocesano en la Junta del Centenario. (*El Noticiero*, 23-4-39 y *Heraldo de Aragón*, 7-5-39).

El día 25 de abril de 1939 se trasladó a Burgos una Comisión de la Junta del Centenario para tratar las formas de financiación. El ministro de Hacienda, Andrés Amado, y Serrano Súñer aceptaron emitir un sello para obtener recursos con destino a la conmemoración, dar orden a todos los Gobiernos civiles de que se abrieran suscripciones «pro Centenario» —con lo que involucraba al conjunto de la nación en la celebración— e interesar a ilustres personalidades del extranjero para que ésta adquiriera carácter mundial¹⁰. A este llamamiento respondió sólo una dama argentina, Doña Soledad Alonso de Drysdale, presidenta de honor de los «Legionarios civiles de Franco», que envió una carta a Serrano Súñer prometiéndole organizar una peregrinación de católicos argentinos a Zaragoza y una colecta para cubrir los gastos de la construcción de las dos torres que faltaban para terminar el Templo del Pilar.

«Si, en efecto, de la América Hispana viene el dinero, esas dos torres serán un símbolo envidiable de hispanidad, levantado en la capital del reino que anticipó el dinero para el descubrimiento del Nuevo Mundo. (...) En un día dos de enero, fiesta de la Venida de la Virgen en carne mortal a Zaragoza, se rendía Granada a los Reyes Católicos y podían dedicar Isabel y Fernando tiempo y meditaciones a la empresa que les proponía el gran navegante; en un día 12 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Pilar, las tres inmortales carabelas llegaban a las primeras tierras americanas. (...) Si es con dinero de Ultramar como (...) se completa y corona la arquitectura de la catedral, el valor simbólico del Santo Templo Metropolitano como Santuario de la Hispanidad habrá quedado consagrado totalmente. (...) La Virgen del Pilar, Capitana Generala de los Ejércitos nacionales (...) recibirá la gratitud de todas las gentes unidas a través de los mares y en todos los continentes por el lazo eterno e indestructible de las esencias hispánicas: fe, lengua y cultura.»¹¹

Pero las principales aportaciones procedieron de la suscripción abierta en los gobiernos civiles el día 12 de junio, (que en el de Zaragoza ya alcanzaba el día 15 la cantidad de 106.000 pts., incluyendo las 25.000 pts. concedidas por el Ayuntamiento y otras tantas por la Diputación) y de las donaciones de entidades bancarias zaragozanas, que ascendieron a 350.000 pts.¹².

¹⁰ *Heraldo de Aragón*, 26-5-1939 y 28-5-1939

¹¹ *Heraldo de Aragón*, 25-5-1939 y 26-5-1939

¹² *Heraldo de Aragón*, 11-6-1939, 15-6-1939 y 12-11-1939.

La intención de utilizar el Centenario como proyectil ideológico al otro lado del Atlántico se reforzó con la creación de una Comisión encargada de ir a Hispanoamérica para hacer propaganda del Centenario. Serrano Suñer nombró a Miguel Allué Salvador encargado de presidir esta embajada aragonesa, aunque no hay constancia de que el viaje llegara a realizarse¹³.

En definitiva, la celebración del XIX Centenario de la Venida de la Virgen del Pilar a Zaragoza interesaba tanto a las nuevas autoridades civiles como a las eclesiásticas, que hacían gala de una clara connivencia de objetivos. El Arzobispado veía respaldada su actuación en favor de la conmemoración de semejante acontecimiento; pero las nuevas autoridades no se limitaban a apoyarla: había que fomentar todo tipo de cultos y celebraciones religiosas para obtener una respuesta favorable por parte de la población, en cuyos esquemas mentales se identificaban catolicismo y conservadurismo político y social. Además, como ha demostrado Giuliana Di Febo, los políticos franquistas restauraban modelos devocionales barrocos para fascinar a los fieles a través de lo externo, la emotividad y lo grandioso.

Otro resultado lógico era el reconocimiento y la aceptación popular de las nuevas autoridades locales, que adquirirían ahora un protagonismo de dimensión nacional y buscaban, en los continuos contactos con el Ministro de la Gobernación e incluso con el Jefe del Estado, la consecución de mayores ventajas para la región aragonesa. En general, el regreso de los representantes de las instituciones zaragozanas fue siempre acompañado de una impresión muy favorable en cuanto a la acogida de sus peticiones por los miembros del Gobierno. No en vano Serrano Suñer fue nombrado Hijo Predilecto y Alcalde Honorario de Zaragoza¹⁴, ya que su carrera política había estado vinculada a esta ciudad desde 1924 y había representado a los intereses agrarios aragoneses en el Congreso cuando fue elegido diputado por la CEDA en 1933 y 1936. Su figura, clave en el panorama nacional en estos momentos, pasó a formar parte del patrimonio «espiritual» de Aragón. Por otra parte, Zaragoza resultó beneficiada gracias a la aceleración de construcciones que acompañaron a la preparación de tan importantes festejos. Lástima que los esfuerzos se concentraran en la terminación de las torres del Templo del Pilar o en la edificación de una Hospedería de peregrinos sin tener en cuenta que el problema de la vivienda era uno de los principales en la capital aragonesa en estos momentos de miseria. Era evidente que la llamada «política del espí-

¹³ Actas de la Diputación Provincial del 19-5-39 y Heraldo de Aragón, 18-6-39.

¹⁴ Actas de la Comisión Permanente del Ayuntamiento de Zaragoza, 31-5-39 y del Pleno, 12-2-41 .

ritu» era más eficaz que los criterios de justicia social cuando se trataba de hacer propaganda de las mieles de la victoria¹⁵.

La festividad del día del Pilar era conocida desde hacía tiempo también con el nombre de «Fiesta de la Raza», pero fue en 1939 cuando se le dotó de un sentido nuevo. El concepto de «raza» era clave y estaba ligado al de «hispanidad» en la ideología nacionalcatólica pero, a diferencia del uso que hizo de él el pensamiento fascista europeo, en España se asimilaba a cualidades morales, valores religiosos o a hechos históricos relacionados con la colonización de América¹⁶. La Virgen del Pilar no quedó al margen de este tipo de retórica: aparte de declararse a la Basílica del Pilar «Templo Nacional y Santuario de la Raza» mediante un decreto el 30 de diciembre de 1939, el 12 de octubre del mismo año se celebró la «instauración» o «institución» de la "Fiesta de la Raza":

«Aragón y Zaragoza se sienten generosamente pagados de la aportación de la Cruzada liberadora. La disposición del Gobierno del Caudillo instituyendo de manera permanente la Fiesta que perpetúa espiritualmente la identificación de los mismos ideales de España, Portugal, las Repúblicas hispanoamericanas y Brasil es el mejor y más delicado galardón que pudiera otorgársenos»¹⁷.

El presidente de la Diputación también manifestó su satisfacción por la decisión del Caudillo

«porque gracias a su iniciativa se instaura la Fiesta de la Raza en Zaragoza (...). (Esta) venía celebrándose en Madrid de una manera protocolaria, con un acto cívico ante la estatua de Colón. (...) Esta mutación que sufre la Fiesta de la Raza no es (...) un mero traslado del lugar en que se celebraba, sino una *nueva fiesta*(...). Debemos pues al Gobierno gratitud profunda (...)

¹⁵ Esto sin contar con el proyecto de reestructuración de la Plaza del Pilar que durante los años de posguerra dio lugar a gran cantidad de expropiaciones de viviendas. No obstante, en estos momentos este proyecto quedó aparcado para concentrar esfuerzos en la construcción de la Hospedería. Para ello fue adjudicado un solar mediante subasta celebrada el 26-6-39 a la Sociedad Angélica del Sagrado Corazón por 800.000 pts. (Actas Comisión Permanente del Ayuntamiento de Zaragoza, 2-8-39), y se aceptó el edificio del arquitecto Regino Borobio y los contratistas de obras José Calvo y Hermano, presupuestado en 2.500.000 pts. para realizarlo en seis meses (*Heraldo de Aragón*, 20-8-39). El alcalde ejerciente, Narciso Caballero declaró a *El Noticiero* que «ahora hace falta que tanto los vecinos de esta zona (la afectada por la construcción de la Hospedería) como los afectados por los derribos de la calle del Pilar, den toda clase de facilidades, pues si el Ayuntamiento hasta el momento presente no ha empleado procedimientos coactivos, está dispuesto a imponer sanciones y proceder con todo rigor al amparo de las leyes.» (30-7-39).

¹⁶ Aunque según Eduardo González Calleja y Fredes Limón Nevado, «no faltarán explícitas menciones a cuestiones psicofisiológicas y étnicas de influjo nazi, o al fomento de una peculiar planificación racial siguiendo los moldes fascistas italianos.», *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la Prensa franquista durante la guerra civil española*. CSIC, Madrid, 1985, p. 47.

¹⁷ *Heraldo de Aragón*, 12-10-39.

(porque) *en ninguna otra ciudad de España se da esta conincidencia del mayor ideal religioso y patriótico, como en Zaragoza el día 12 de octubre, fiesta del Pilar y a la vez aniversario del descubrimiento de América*¹⁸.

No se trataba de un racismo dirigido contra una minoría étnica, como hacía el antisemitismo en Alemania —ello carecía de sentido en España porque no existía problemática racial alguna—, sino que tenía ante todo un carácter integrador y superador de los separatismos. He aquí un fragmento del mensaje que el Caudillo leyó desde el palacio de La Lonja con motivo de la Fiesta de la Raza:

«Dos siglos de bastarda cultura han insistido de un modo suicida en cultivar todo lo que separa, olvidando todo lo que une (...). De esta destructora labor, que trascendió a la historia y la política, hemos padecido, en cada una de las partes y en el todo histórico de las gentes hispanas, compuesto de una fe y una cultura, de un cuerpo de raza y de una civilización original de una natural armonía que todos los separatismos, desde los de la filosofía a los de la política, han pugando por destruir, impidiendo la libre pero también homogénea evolución de sus partes»¹⁹.

La culminación de este proceso por el cual la Virgen del Pilar quedó cada vez más ligada al patriotismo y a la defensa de las esencias hispánicas se produjo con la convocatoria por parte del Ayuntamiento de un concurso literario sobre el tema «La Virgen del Pilar es la Reina de la Hispanidad»²⁰. A raíz de la convocatoria llegaron oficios de distintas instituciones aragonesas, incluido el Arzobispado, adhiriéndose a la idea de que la Virgen del Pilar fuese proclamada Reina de la Hispanidad, lo que da muestra tanto de la acogida y trascendencia del acontecimiento como del papel subordinado de la Iglesia.

El fallo del Jurado hizo recaer el premio en el trabajo de Francisco Gutiérrez Lasanta titulado «La Virgen del Pilar. Reina y Patrona de la Hispanidad»²¹. Por la obra desfilan todos los tópicos de la ideología triunfalista

¹⁸ Actas Diputación Provincial de Zaragoza, 9-10-39. Palabras del Presidente, Miguel Allué Salvador.

¹⁹ *Heraldo de Aragón*, 13-10-39.

²⁰ La propuesta surge a partir de la moción del concejal, Juan Bautista Bastero en la sesión del 8 de octubre de 1941; el día 29 se apruban las bases, estableciendo entre otras cosas, que se podían presentar todos los españoles, portugueses e hispanoamericanos que lo desearan, y se consignaba la cuantía del premio: 25.000 pts. El Jurado quedó constituido así: Presidente: el alcalde, Vocales: el deán del Cabildo Metropolitano de Zaragoza, un catedrático de Filosofía y Letras (Carlos Riba, decano) y un catedrático numerario de la Real Academia de la Historia de Madrid. (Actas de la Comisión Permanente del Ayuntamiento de Zaragoza, 24-12-41).

²¹ Actas de la Comisión Permanente del Ayuntamiento de Zaragoza, 8-1-43. Francisco Gutiérrez Lasanta. era presbítero párroco de Santa Cruz de Yanguas (Soria), diócesis de Calahorra y La Calzada.

nacionalcatólica, en un intento de demostrar que desde su aparición la Virgen del Pilar tuvo una proyección por todo el ámbito nacional y mundial. Finalmente concluía que

«La Virgen del Pilar es Reina de la Hispanidad como España es raíz, centro y norte de la misma Hispanidad. Si todos somos hijos de María, mediante Jesucristo que es nuestra cabeza, nuestro hermano mayor; todos los pueblos hispánicos son vasallos de la Virgen del Pilar mediante España que es la cabeza y la madre de todos ellos».

«Santiaguismo, Pilarismo e Hispanidad deben ser sinónimos. (...) Una especie de trinidad hispánica con igualdad de esencia e indistinción de personas»²².

Pero el asunto no queda en una mera identificación abstracta. El concepto de «Hispanidad», como han demostrado González Calleja y Limón Nevado, no era sólo una forma de identificar la esencia histórica de España, sino que era un proyecto de regeneración dirigido allende nuestras fronteras. Aunque se frustraron las reivindicaciones territoriales, la idea de la Hispanidad fue útil como aglutinador dentro de los límites del territorio español, y se materializó en la eliminación de toda veleidad regionalista y de los nacionalismos periféricos. Ello conllevó, en primer lugar, la superación del aragonismo: las reivindicaciones políticas de tipo autonomista y descentralizador y la defensa de los propios intereses económicos, ligada a un anticatalanismo feroz por la amenaza que suponía para el regadío aragonés, fueron eliminadas y en su lugar se fomentaron los aspectos exclusivamente folklóricos. Quedaba el orgullo de «lo aragonés», pero ahora debía ponerse al servicio de la unidad nacional:

«Por su maravillosa aparición a orillas del Ebro (...) la Virgen del Pilar deberla ser, años y siglos ha, la Virgen de España y del mundo entero (...). Sin embargo, hasta hace poco, hasta ayer mismo, la Virgen del Pilar era la “Pilarica” y hoy es apenas la “Patrona de Zaragoza” y a lo más, a lo más, la Patrona de Aragón. ¿Culpa de extraños? No por cierto, sino de propios, de aragoneses.»

«La Virgen del Pilar era de todos y es de todos, como lo es de Santiago y la Inmaculada, y, al regionalizarse se achica y empequeñece como una virgencita de pueblo, como una “Pilarica”. Cese ya este “aragonismo” y sea la Virgen del Pilar, Virgen de España y de la Hispanidad»²³.

²² Francisco Gutiérrez Lasanta, *La Virgen del Pilar*, pp. 57 y 433.

²³ *Ibidem*, pp. 443-445.

En definitiva, la centralización administrativa zanjó toda aspiración autonómica, pero la burguesía zaragozana pudo canalizar su frustración de hacer del aragonés un movimiento fuerte hacia aquello que se le ofrecía en este momento: la apuesta por una sólida unidad nacional de la que se iban a derivar beneficios mayores de los que había encontrado en el régimen republicano.

Otra faceta del concepto de «Hispanidad» se tradujo en la utilización de la Virgen del Pilar como eslabón de unión de los pueblos españoles. La imagen de la Virgen fue objeto de veneraciones sin límite por parte de las peregrinaciones que tuvieron lugar con motivo del XIX Centenario en 1940, y su entronización en edificios oficiales de distintos lugares de España fue acompañada de actos solemnes. Pocas declaraciones son tan explícitas como las que siguen:

«Propagandas criminales, sueños de locura y erróneas doctrinas abrieron anchos abismos entre estos dos pueblos de Aragón y Cataluña, olvidando lo que la historia nos enseña y la geografía nos impone. La unión de Aragón y Cataluña, lograda en tiempos de Ramón Berenguer IV, hizo posible la admirable política interior, peninsular y mediterránea, desarrollada por la Corona de Aragón. La unión de Aragón y Cataluña fue el paso más decisivo para aquella otra unión de todos los Reinos de España en las augustas personas de los Reyes Católicos (...). Aun guarda el pueblo aragonés cicatrices de las dolorosas heridas que muchos nacidos en esta leal Cataluña le infligieron; pero Zaragoza, como la expresión más genuina de Aragón, llega a vosotros sin agravios ni rencores, brindándoos su brazo en suma de esfuerzos y fusión de actividades, para hacer la España Una, Grande y Libre, que forja con la ayuda de todos los españoles nuestro Caudillo (...). *Por eso, la Virgen del Pilar, honrando esta casa, ha de ser afirmación de la hispanidad de Cataluña (...).*»²⁴

«Tengo que dar cuenta del éxito con que se han desarrollado los actos organizados con motivo de la peregrinación a Zaragoza de los niños de la Santa Casa de la Misericordia de Bilbao. Uno de los actos más emotivos fue el de la presentación a la Virgen hecha por el Sr. Capellán, de un españolismo acendrado y admirable (...). La Diputación de Bilbao ha dirigido un telegrama en el que da las gracias (...), al que se ha contestado que no hemos hecho sino cumplir con nuestra obligación proporcionando esta satisfacción a los asilados que *puede que hayan tenido la fortuna de no conocer a sus padres.*»²⁵

²⁴ *Heraldo de Aragón*, 14-3-39. Palabras del Alcalde de Zaragoza, Juan José Rivas.

²⁵ Actas de la Diputación Provincial de Zaragoza, sesión 23-9-40. Palabras del Presidente Enrique Giménez Gran.

En síntesis, partiendo del presupuesto de considerar al franquismo como un régimen fascista, he intentado ver la significación que adquiere en este contexto la explosión de catolicismo: dar justificación ideológica pero con una finalidad que va más allá de la mera retórica y propaganda; en definitiva, coadyuvar a la cohesión nacional de acuerdo con los intereses del Nuevo Estado.

La Virgen del Pilar gozaba de una amplia tradición por la que era asimilada a conceptos como el de «raza» e «hispanidad», así como de una profunda devoción por parte de sus fieles zaragozanos. Sin duda esto facilitó su instrumentalización por parte del franquismo, que vio en ella el símbolo y la concreción de la ideología nacionalcatólica. La existencia de un régimen fascista que exhibía este tipo de discurso no constituía una contradicción en sí, porque los que ahora eran ideólogos del régimen se habían encargado tiempo atrás de incluir el componente católico en la definición del fascismo propiamente español. Así, la explosión de celebraciones, concursos, peregrinaciones y todo tipo de ritos celebrados entorno su estuvo hábilmente dirigida por los que controlaban políticamente la capital aragonesa, y estuvo fomentada por los poderes centrales. El arrodillamiento de Franco y de Serrano Suñer ante la Virgen era algo más que una expresión de fervor religioso. Era la plasmación de la unidad entre el poder político y religioso, para lo cual los lugares sagrados arraigados en la conciencia popular ofrecían el marco idóneo. Por otra parte la ideología no tenía una mera función propagandística. Las alusiones al pasado eran, aparte de un punto de referencia contra la disgregación nacional (Cataluña y País Vasco), la forma de atraer la atención de la masa sobre la política exterior para poner en segundo plano las dificultades internas.